

Pero á la vez, por fortuna suya, ó por desgracia, se había dado el caso de que enteramente delante de él, con las trenzas contra su cara, con la espalda contra su pecho, estaba aprisionada entre la multitud la muchacha genovesa; y detrás de él, sin haberlo visto el otro ¡infeliz! el suegro de sus pecados. El pobre joven, muerto de amores desde hacía diez y siete días, embriagado por el perfume, encendido por el contacto, estimulado por la oscuridad, había perdido el juicio y se puso á dar beso sobre beso en el cuello y en los hombros de su ídolo, con tal fuego, con tal locura de amor, que no había sentido siquiera la primera descarga de los vigorosísimos golpes paternos. A la segunda volvió en sí como quien vuelve de un delirio y se sintió anonadado.

El juicio fué una deliciosa escena cómica.

El padre, fuera de quicio, clamaba todavía: — ¡Pícaro! ¡Bandido! ¡Puerco! ¡Voy á romperle el espinazo! y alargaba la mano para cogerlo.

El otro daba lástima; no negaba nada: decía que había perdido la cabeza; pedía perdón; afirmaba que era un joven honrado, quería enseñarle una carta del alcalde de su pueblo (Chiozzola, me parece), y se cogía la cabeza con las manos, llorando como un chiquillo, y demostrando á las claras su desesperación. — Pero si digo que he perdido la cabeza... que he sido un

bestia... lo juro por mi honor... lo he hecho sin malicia... estoy pronto á dar mi sangre... Y bajo su dolor sincero, y al través de su vergüenza, se dejaba ver la fuerza de una pasión noble que le había impulsado á aquel disparate; uno de aquellos violentos amores que arden en un cuerpo, como llamaradas de gas dentro de los faroles de cristal.

Pero el padre no se dejaba conmovir, indigna lo aún más y como ofendido en su orgullo paterno de que tal acto de audacia se hubiese cometido por un personaje tan mezquino, por aquel hombrecillo que llevaba su alma tan á flor de tierra y que después se entregaba de aquel modo. Y continuaba gritando: — ¡Bruto! A mi hija! ¡Y en mi presencia! Y quería pegarle otra vez.

Y entonces el otro alargaba los brazos, desconsolado, en actitud de decir: — Aquí estoy; haced de mí lo que queráis. — Y después volvía á jurar que era un caballero, á pedir perdón y á enseñar la carta del alcalde.

El comisario estaba muy perplejo para resolver el juicio. Ví pasar por sus ojos una sonrisa que debía responder á la tentación teatral de proponer un matrimonio. Pero el padre no estaba para burlas. Al fin se le ocurrió hacer una gran intimación al joven sobre el respeto debido á las señoras, y ordenándole que no se deja-

ra ver por un poco de tiempo sobre cubierta; y al otro le recomendó que se tranquilizara, que la cosa no perjudicaba en lo más mínimo á la reputación de su hija, que gozaba de la estimación general.

Después les dijo á los dos que se fueran, suplicando al padre que se fuese á proa por lo pronto. Este se alejó, volviéndose aún para atrás, amenazando con la mano y lanzando dos ó tres calificativos genoveses escogidos. El joven, cuando se quedó solo delante del comisario, se llevó una mano al pecho y dijo con acento dramático: — Crea, señor comisario... palabra de honor... ha sido una desgracia... un momento de...

Pero aquí el amor le hinchó el pecho y le ahogaba la voz, y alzando los ojos al cielo con una expresión cómica, pero muy sincera, que resumía toda la historia de su pasión oceánica, exclamó: — ¡Si usted supiese!... — Pero no pudo decir más, y se fué con la cabeza baja y con su flecha atravesada en el corazón.

*
* *

La figura de aquel pobre enamorado que se alejaba quedó unida en mi memoria á un as-

pecto nuevo del mar y del cielo, que se habían esclarecido después del chaparrón: el cielo se veía á trechos con un azul purísimo, como lavado y refrescado, y esparcidas aquí y allá nubes inquietas. El mar, verde en vastos espacios, entre los cuales se extendían anchas fajas de azul oscuro; de modo que parecía verse una pradera inmensa, cortada por inconmensurables canales que rebosaban por las orillas, y se experimentaba la extraña ilusión de haber entrado en un continente que fuera la mitad de tierra y la otra mitad de agua, abandonado por sus habitantes ante el peligro de una inundación, y daban ganas de buscar con la mirada en el horizonte las veletas de los campanarios y de las torres, como en las grandes llanuras de la Holanda. Y después, habiéndose encespado un poco las aguas que dieran á aquella pradera el aspecto de una vegetación más lozana, cambió la ilusión y me vino á la idea el amplio espacio del Océano cubierto de la espesa capa de algas, que detuvo por veinte días á las célebres carabelas y espantó á los marineros de Colón.

Algunos pájaros blancos surcaban el cielo á lo lejos; el sol hacía brillar aquí y allá como islillas cubiertas de esmeraldas y se respiraba en el aire un tibio ambiente de primavera, en el cual parecía percibirse fragancias terrestres que hablaban al alma, como un eco de voces

muy lejanas, llevadas allí por los vientos de las pampas.

*
**

Pero el mar verde y el episodio del enamorado no habían despejado mas que por pocos minutos la faz sombría que aquel día reinaba en el *Galileo*. Solamente la señora rubia representaba la alegría á bordo, paseando del brazo de su marido, á quien iba acariciando con la voz, con la mirada y con el abanico, como si fuese una recién casada; quizás para compensarlo de alguna grave falta que le preparaba para más tarde y cuyo pensamiento se le notaba en el brillo de sus pupilas; mientras él, como de costumbre, encorbaba su espalda y hacía con los ojos entornados y la punta de la lengua aquella ligerísima sonrisa burlona para sí, para ella, para los demás, para el universo entero, que era como el gesto simbólico de su tranquila filosofía.

Sobre todos los demás parecía que extendía una sombra de tristeza el pensamiento de aquel muerto que había á bordo y que se debía arrojar al mar durante la noche, y todos los ojos se

volvían entretanto á proa, inquietos como si hubiesen temido todos verlo aparecer de un momento á otro resucitado, para maldecir su espantosa sepultura. Y era el asunto de todas las conversaciones, las cuales se hacían gradualmente más negras, como si á medida que crecía la oscuridad aquel cuerpo se alargase y debiese llegar á media noche con sus pies hasta popa y llamar á la puerta de los camarotes. La comida fué un poco más alegre. Entre el capitán y el viejo chileno se empeñó una discusión lúgubre sobre este asunto: si el cadáver, arrojado al mar con un peso á los pies, llegaría antes al fondo, ó si, por efecto de la presión enorme de las aguas, deshaciéndose y separándose los tejidos, no llegaría mas que el esqueleto. El capitán era del segundo parecer. El chileno, á su vez, sostenía lo contrario, diciendo que la presión de la masa de agua que está encima, transmitiéndose por la que impregna el cuerpo, de modo que se sintiera en todas direcciones y por todos los lados opuestos, se deducía de aquí que el cuerpo debía bajar ileso.

Después, discutiendo sobre la velocidad inicial, sobre el aumento de velocidad en el descenso y sobre la profundidad máxima del Atlántico, calcularon que el cadáver habría empleado una hora en concluir su viaje vertical.

—Sin embargo, poco á poco—dijo el chileno;

—el cadáver puede encontrar corrientes que le empujen hacia arriba á una gran altura.

Al oír esta imagen del cadáver que volvía hacia arriba, advertí que mi vecino el abogado empezaba á temblar. Sin embargo, se quedó allí quieto, animosamente. Pero el genovés tuvo la mala ocurrencia de referir la descripción, leída en un periódico de Nueva-York, del descendimiento de un buzo, el cual había encontrado en el casco de un buque que había ido á pique los cadáveres de los náufragos monstruosamente hinchados, rígidos en el agua, con los ojos fuera de las órbitas y los labios caídos; cosas horribles, en fin, para vistas á la luz de la lámpara; por lo que, helándosele la sangre en el corazón, había el buzo emprendido la fuga como un loco; y ante aquella escapada, el abogado no pudo ya contenerse: dió un salto, y, dejando el tenedor en el plato:—Un poco de consideración, señores—exclamó, y tomó la puerta. El capitán, irritado por aquella escena, no habló ya, y la comida concluyó en silencio. Pero, en el momento de levantarnos, el genovés se me acercó con la cara alegre y me dijo al oído:—Es para media noche.

*

**

La sepultura se había fijado secretamente para las doce de la noche, para evitar el tumulto

de los pasajeros de tercera, entre los cuales el comisario había hecho correr la voz de que iba á ser á las cuatro de la mañana.

A las doce de la noche, el cielo se había vuelto completamente negro y no quedaba en el horizonte mas que una faja clara, larga y muy sutil, hacia Occidente, como un respiradero que quedaba abierto en la inmensa capa negra del cielo antes de extenderse sobre el globo y dejarlo en una oscuridad completa, convirtiéndola en un mar de tinta y en un aire muerto. Si no fuera por algunas luces que había sobre cubierta, hubiéramos andado á tientas, como en la bodega.

Yendo hacia proa, oí, en la oscuridad, la voz del marsellés que hablaba con acento enfático de la poesía de ser sepultado en el Océano y de ir á dormir en aquella soledad infinita, y decía:—*¡Cuánto me gustaría!*—Algunos pasajeros salían del dormitorio de tercera, en silencio, mirando en derredor suyo. A la toldilla llegó el capellán napolitano, de sobrepelliz y estola, que iba á pasos largos y lentos, precedido de un marinero que llevaba el agua bendita en una escudilla.

A poco, cerca del dormitorio de las mujeres, encontré un corrillo iluminado por una linterna que tenía el jorobado; allí estaba el capitán y el comisario, con algunos pasajeros de prime-

ra; más allá algún marino; unos veinte emigrantes estaban junto á la hostería, como escondidos: y alguna figura aparecía sobre el castillo de proa. Cuando el capellán llegó todos se movieron, como para ponerse en semicírculo y aparte apareció la cara de cera del fraile.

En el mismo momento oí un ruido detrás de mí; y volviéndome, ví á la señorita de Mestre y la tía, que se detuvieron en la oscuridad debajo del puente.

Creyendo que, según costumbre, se arrojaría el cadáver por la extremidad del castillo de proa, no comprendí por qué se detenían todos allí; cuando, á una señal del capitán, dos marineros abrieron el portillo lateral de la obra muerta, y lo comprendí.

Entretanto parecía que el buque iba aflojando en la marcha; al cabo de pocos minutos, con mi asombro, se paró. No sabía que se arrojan fuera los cadáveres teniendo el barco parado por evitar que el remolimo del agua le lleve bajo la rueda de la hélice.

Entonces todos se callaron, y á la luz de la linterna vieron el rostro encarnado y somnoliento del comandante, que, al parecer, estaba irritado por tener que asistir á aquella ceremonia, y fijaba los ojos sobre una tabla tendida á sus pies delante de la abertura de la puerta.

Oyóse una voz y todos se volvieron; una luz

brilló bajo el castillo de proa, é inmediatamente después se vió que por la puerta de la enfermería salían tres marineros llevando una cosa informe, como una cama hecha pedazos.

Todos se apartaron; adelantáronse los marineros y depositaron en tierra su carga, sobre la tabla. Pero se habían puesto al revés.

El comandante dijo en voz baja:—*Por derecho, brutos.*

Colocáronse mejor, y pusieron poco á poco el cadáver con los pies vueltos hacia el mar; los gruesos ganchos de hierro que le habían atado á los pies cayeron ruidosamente sobre el madero.

El muerto estaba envuelto en un lienzo blanco, cosido en forma de saco y que le cubría la cabeza, y luego tendido sobre su colchoneta doblada encima por los dos lados, y liado todo á su alrededor con una cuerda; los ganchos quedaban fuera del envoltorio. El conjunto presentaba el aspecto miserable de un paquete de mercancía hecho á prisa y corriendo por un mozo de mudanzas. El cuerpo parecía tan pequeño y acortado, que hubiérase creído que era de un niño. Por un descosido del lienzo, en un extremo, salían los dedos desnudos de un pie. La nariz aguileña y la barba, formando un saliente en la tela, me recordaron la expresión de atención presurosa con que aquel infeliz había

buscado la dirección de su hijo la primera vez que lo había visto en su litera. Y tal vez el hijo dormía á aquellas horas en cualquier caseta de madera próxima á la vía, y soñaba con gusto que dentro de pocos días vería á su pobre viejo. Todos tenían los ojos fijos en la forma de aquella cara, como si hubiesen esperado ver que se movía. El silencio y la calma de todo á nuestro alrededor eran tan solemnes y profundos, que cualquiera habría creído que nosotros éramos los únicos vivientes en el mundo.

—Vamos, padre—dijo el comandante.

El sacerdote se colocó junto á la porta y empapando la mano en la escudilla del marino, roció el cadáver y le bendijo.

Todos nos descubrimos; unos cuantos pasajeros de tercera se hincaron de rodillas. Me volví hacia atrás; también la joven se había arrodillado en la sombra ocultando el rostro entre las manos.

El sacerdote empezó á recitar apresuradamente:—*De profundis clamavi ad te, Domine; exaudi vocem meam.*

Muchas voces contestaron:—*Amén.*

Las dos linternas sostenidas por los marineros arrojaban su luz rojiza sobre rostros inmóviles y tristes, tras los cuales había una sombra infinita. Entre los demás, ví en segunda fila al garibaldino, y me sentí herido al encontrar

aquel rostro cerrado y duro como siempre, y que no mostraba el más ligero signo de piedad, como si fuese un saco de lastre lo que iba á tirarse al mar, y volví á preguntarme cómo era posible que la amistad de aquella santa criatura arrodillada detrás de él no hubiese podido nada sobre su ánimo; y me avergoncé por haberme engañado otra vez tan puerilmente, imaginando que hubiese una gran alma en el pecho de aquel hombre sin corazón.

El sacerdote murmuró cada vez más de prisa los demás versículos del *De profundis* y el *oramus absolvo*. Roció luego nuevamente el cadáver con agua bendita. Al *requiem aeternam* todos se levantaron.

—Vamos—dijo el comandante.

Dos marineros cogieron la tabla por los dos extremos, la levantaron lentamente, colocándola sobre la borda del barco, inclinándola un poco hacia adelante, de modo que quedase fuera como una cuarta parte de él. En el momento en que lo levantaban, ví que algo negro se movía en el pecho del cadáver, y, acercándome, reconocí la cruz negra de la joven.

Los que tenían las linternas las levantaron.

Los dos marineros cogieron la tabla por la parte de la cabeza, y empezaron á levantarla poco á poco; el cuerpo empezó á deslizarse...

En aquel momento volví á oír en mi interior

aquellas palabras desconsoladoras del moribundo, como si las hubiese dicho una voz muy fuerte, con un inmenso grito que cubriese el ruido del Océano: — ¡Oh, hijo mío! ¡pobre hijo mío!

Cayó el cuerpo, desapareció en las tinieblas, haciendo un remolino profundo. Entonces los marineros cerraron rápidamente la porta, y, como sombras, desaparecieron todos por un lado y otro. Antes que hubiéramos vuelto á popa, el buque proseguía su camino, y el pobre viejo seguía ya muy lejos de nosotros su descenso solitario hacia el abismo.



XVI

LA JORNADA DEL DIABLO

Si es verdad que en toda navegación larga hay una que se llama «jornada del diablo», en que todo va de mal en peor, y el barco se convierte en un infierno, creo yo que el *Galileo* tuvo la suya al día siguiente de aquel entierro, al menos en sus tres cuartas partes, porque, gracias al cielo, no acabó como había empezado. Algo pudo contribuir á ello aquella muerte á bordo, el saber que hacía dos días se andaba poco y con mar feo, semejante á una inmensa placa de platino, la cual reflejaba una bóveda de nubes sin color, de la que parecía que llovían dilatadas llamas de fuego como sobre los blasfemadores del infierno dantesco. Pero todo esto no basta á explicar semejante jornada, y tenemos que admitir una misterio-